



PROGETTO
MAMBRINO

HISTORIAS FINGIDAS



Arcadio Castillejo Benavente, *La imprenta en Sevilla en el siglo XVI (1521-1600)*. Edición y prólogo a cargo de Cipriano López Lorenzo. Córdoba, Sevilla, Editorial Universidad de Córdoba, Editorial Universidad de Sevilla, 2019. 2 volúmenes.

Giada Blasut
(Università di Verona)



El imponente trabajo de Arcadio Castillejo Benavente *La imprenta en Sevilla en el siglo XVI (1521-1600)* se ha publicado en 2019 en la Editorial Universidad de Córdoba en colaboración con la Editorial Universidad de Sevilla. Los dos gruesos volúmenes editados a cargo de Cipriano López Lorenzo se deben a la voluntad de la familia del autor de ultimar y publicar el catálogo tras su repentino fallecimiento en mayo de 2015. El primero de los dos volúmenes -encabezado por un «Prólogo» de López Lorenzo y una «Introducción» del propio Castillejo Benavente-, presenta el catálogo de las obras impresas en Sevilla de 1521 a 1552, mientras el segundo está constituido por el catálogo de los libros impresos en Sevilla entre 1553 y 1600, un apéndice de obras impresas en Osuna desde 1549 hasta 1555 y varios índices para la consultación de la obra.

En el Prólogo, fechado a 7 de marzo de 2017, López Lorenzo ofrece un breve pero denso recorrido en la vida profesional de Arcadio Castillejo Benavente hasta su último encargo como Jefe de sección de Fondo Antiguo y Archivo Histórico de la Biblioteca de la Universidad de Sevilla de 1986 a su jubilación en el año 2000. A continuación, López Lorenzo nos informa de la génesis de su labor de recopilación, que abarcó un periodo superior a los quince años, y de las dificultades que retrasaron su publicación. El autor había comenzado su obra en 1999 con el propósito de publicarla ya en 2005 con motivo del Quinto centenario de la Universidad Hispalense, pero a medida que iba avanzando en su trabajo tuvo que

Arcadio Castillejo Benavente, *La imprenta en Sevilla en el siglo XVI (1521-1600)*. Edición y prólogo a cargo de Cipriano López Lorenzo. Córdoba, Sevilla, Editorial Universidad de Córdoba, Editorial Universidad de Sevilla, 2019. Reseña de Giada Blasut, *Historias Fingidas*, 7 (2019), pp. 463-469.
DOI: <http://dx.doi.org/10.13136/2284-2667/150>. ISSN: 2284-2667.

reconocer que describir todos los datos registrados requería una cantidad de tiempo y de dinero mayor de lo esperado, para visitar un sinnúmero de bibliotecas en España y en el mundo. Por esto, pudiendo contar ya con la magistral e indiscutible obra de Norton (1501-1521), Castillejo decidió empezar la tipobibliografía desde 1521.

Cipriano López Lorenzo nos informa también sobre el trabajo de edición de la obra dejada inconclusa: a una primera revisión contribuyeron los profesores Juan Montero y José Solís de los Santos de la Universidad de Sevilla y Eduardo Peñalver, jefe de la sección de Fondo Antiguo de la biblioteca de la misma universidad, mientras él realizó una segunda revisión y confirmó a la obra su forma definitiva. López Lorenzo decidió homogeneizar los criterios empleados por Arcadio Castillejo; disponer los impresores en orden alfabético de apellidos; transcribir el periodo de producción de cada impresor en el subtítulo dedicado a cada uno de ellos; omitir comentarios personales del autor y digresiones foráneas a los datos requeridos; recoger todas las imágenes de marcas tipográficas y especificar en el título del libro el periodo 1521-1600 por las razones antes descritas. El papel de López Lorenzo se intensifica sobre todo en las fichas bibliográficas y en la averiguación de los datos insertados por el autor.

De los numerosos índices funcionales a la consultación de la obra, López Lorenzo insertó solamente los que consideró imprescindibles para un catálogo bibliográfico: el «Índice de las ediciones descritas» (VI.1. pp. 1519-1613), el «Índice onomástico» (VI.2, pp. 1615-1647), el «Índice de referencias bibliográficas usadas en el catálogo» (VI.3, pp. 1649-1708) y el «Índice de referencias de las bibliotecas y archivos citados en el catálogo» (VI.4, pp.1731-1748). Entre los últimos se da noticia de «Otras fuentes consultadas» (VI.3.1, pp. 1709-1730).

La «Introducción» a la obra es la original de Arcadio Castillejo Benavente y se compone de cuatro secciones: «I. Tipografía hispalense. Antecedentes bibliográficos de la imprenta en Sevilla», pp. 25-49; «II. Talleres de imprenta. Esbozo histórico», pp. 51-189, I; «III. El presente catálogo», pp.191-199; IV. «Bibliografía citada», pp. 201-210. En la primera Castillejo remarca la importancia de Sevilla en el siglo XVI por haber sido en la época la ciudad más populosa de España con destacadas autoridades tanto civiles como eclesiásticas y el eje del control comercial de las Indias por

medio de la Casa de Contratación y de una recién inaugurada por los Reyes Católicos Audiencia Real. Castillejo subraya como el variado origen geográfico de los habitantes del siglo XVI sigue siendo evidente incluso hoy en día en la toponomástica de la ciudad y recuerda que por aquel entonces el verdadero centro de la ciudad era la zona de Santa María y en especial las Gradass, donde se solían encontrar hombres de negocios, escribanos y mercaderes de esclavos. El autor recuerda que los autóctonos sevillanos preferían emplear su vida en las armas y en las letras, mientras la población extranjera solía dedicarse a actividades comerciales. Castillejo propone después un condensado pero exhaustivo recorrido sobre el origen y la difusión de la imprenta desde la Alemania de Gutenberg hasta su difusión en España en la antepenúltima década del siglo XV. La primera etapa de los incunables sevillanos empezó en los años setenta y los primeros resultados no tardaron en manifestarse a mano de tres impresores españoles: Antonio Martínez, Alfonso del Puerto y Bartolomé Segura. Si bien no se conoce el año exacto en que llegó la imprenta a Sevilla ni la fecha de publicación del primer impreso -que oscila entre 1472 y 1473-, Castillejo retoma la idea compartida por la crítica de que el primer impreso español fue el *Sinodal* de Segovia publicado en 1472. El autor cita el *Cancionero* (1501) de Juan del Encina por ser esta la obra inaugural de los postincunables sevillanos. La segunda etapa de los incunables sevillanos empieza en los años noventa del siglo XV con la llegada a España de impresores extranjeros, en su mayoría alemanes. De estos emergen tanto el taller de los Cuatro Compañeros Alemanes (1490-1492) que se redujo con la muerte de dos de sus miembros, Pablo de Colonia en 1493 y Thomas Glockner en 1499; como el de Meinardo Ungut y Estanislao Polono que habían llegado desde Nápoles. Último nombre evocado por Castillejo es el del ginebrino Pedro Brun cuya actividad se coloca entre los primeros años noventa y 1507. Castillejo se detiene en un aspecto que diferenciaba los talleres españoles, que centraron su producción en obras de carácter local, de los europeos, sobre todo los talleres de Lyon, Venecia, París, Ginebra, Amberes, que produjeron obras «en latín, -incluso las de autores españoles-, así como las teológicas, filosóficas, jurídicas y las de los clásicos» (28). Además, para compensar los costes de la actividad y las dificultades económicas, muchos impresores españoles cultivaron, amén de la

actividad tipográfica, otros tipos de negocios. A este respecto un lugar privilegiado y destacado lo merecen los Cromberger, Jacobo y su hijo Juan, y Juan Varela de Salamanca. Los primeros por sus comercios en Sevilla y en América y el segundo porque sus actividades pusieron incluso en la sombra a su profesión de impresor en algunas ocasiones. Castillejo evoca también a Hernando Colón y su colección de unas quince mil obras adquiridas por toda Europa. Se deben a la mano de Hernando Colón los datos sobre el precio, el lugar y la fecha de compra; las informaciones acerca del contenido del libro y los índices funcionales a su consultación que han sido transcritos al final de buena parte de estos libros. A seguir el autor indica la década de los cuarenta del siglo XVI como el comienzo del declive de la producción de publicaciones, como atestiguado por la notable reducción de las impresiones. Castillejo destaca los cambios en las técnicas de comunicación y las preocupaciones religiosas que se desarrollaron por aquel entonces, entre cuyos primeros efectos sobresale la institución de la Inquisición a mano de los Reyes Católicos, aprobada por el papa Sixto IV en 1478, y los numerosos índices publicados a lo largo de la centuria siguiente. Entre estos últimos se distingue el Índice de 1559 del inquisidor general Fernando Valdés por haber penalizado sobre todo los libros publicados en Sevilla y su mercado editorial. Seguidamente Castillejo hace un panorama crítico de las obras que precedieron su proyecto, evidenciando tanto sus faltas como sus méritos para la recolección ordenada, completa y fiable de los datos que quiere presentar. Pionera fue la *Tipobibliografía Hispalense* de Escudero redactada en 1863 y publicada casi treinta años más tarde, en 1894. Peculiaridad del pensamiento de su autor es el carácter topográfico de la obra, o sea, su división geográfica para encontrar solución al extenso trabajo que había que realizar. Entre la redacción y la publicación de la obra de Escudero vieron la luz otras tipobibliografías significativas como la de Pérez Pastor y Juan Catalina García. Castillejo dedica luego varias páginas a la obra de Joaquín Hazañas y la *Rua La imprenta en Sevilla* subtitulada *Ensayo* y publicada en 1892. La obra está constituida por un listado organizado por orden de apellidos de los impresores de los siglos XV-XVIII activos en Sevilla, seguida por una breve enumeración de las obras que imprimieron. Gracias a la labor de la Junta de Patronato del Archivo y Sección de Publicaciones de la Diputación

Provincial de Sevilla, fue publicada póstuma una segunda obra de Joaquín Hazañas y la Rúa *La imprenta en Sevilla: Noticias inéditas de sus impresores desde la introducción del arte tipográfico en esta ciudad hasta el siglo XIX*, cuyo objetivo era más ambicioso, pero Castillejo remarca que los editores no supieron organizar bien la labor de Hazañas. En la segunda mitad del siglo XX asistimos a nuevas aportaciones como la de Francisco Aguilar Piñal y la de Domínguez Guzmán *El libro sevillano durante la primera mitad del siglo XVI* publicada en 1975, y aparecen nuevas monografías como las dos magistrales obras de Norton. Además, destaca la monografía de Klaus Wagner sobre Montedoca cuyo enfoque y metodología representaron una auténtica novedad. Junto con la obra de Norton, el mayor estudio de la imprenta sevillana del siglo XVI es la monografía de Clive Griffin, constituida por dos partes y enfocada desde una perspectiva a medio camino entre «el planteamiento sociocultural de los estudiosos franceses del libro y la bibliografía descriptiva anglosajona» (45).

La segunda parte de la Introducción «II. Talleres de imprenta. Esbozo histórico» presenta una detallada enumeración de impresores por orden alfabético de apellidos. El listado cuenta con cuarenta y cinco impresores y dos impresoras y a partir del subtítulo dedicado a uno de ellos se da a conocer su periodo de productividad encabezado por la expresión «*fl.*», es decir, *floruit*, teniendo en cuenta aquellos impresores que tenían un taller en la época y cuya firma aparece por lo menos en un impreso. Castillejo sigue un esquema homogéneo en la articulación del contenido de cada entrada y en el orden de presentación: retoma en apertura el origen familiar del impresor, los nombres de sus padres, la calle o el barrio en el que vivió, su casamientos e hijos, y se extiende luego en ofrecernos noticias acerca de los documentos, actos notariales o testamentos. Seguidamente el autor se centra en la producción del impresor, si trabajó en otros talleres antes que tener uno propio, si tuvo aprendices y quiénes eran, en los tipos utilizados a lo largo de los años, en el material que compró o que heredó, la temática de las obras publicadas, etc. Asimismo, en el caso de que el impresor utilizase una marca tipográfica, aquí denominada «figura» por voluntad de López Lorenzo, esta se reproduce en blanco y negro en conclusión de la entrada.

La tercera parte de la Introducción «III. El presente catálogo» se abre con una advertencia preliminar que motiva la elección del periodo 1521-1600 como marco cronológico del catálogo. A continuación, el autor se detiene en aclarar otras de sus decisiones como la voluntad de presentar de forma abreviada parte de las ediciones publicadas por los Cromberger y que Griffin describió en su monografía, y la consiguiente decisión de detenerse solo en las obras que Griffin no vio en original. El autor quiso dedicar más amplio espacio a los libros de caballerías, de historia, a las obras litúrgicas y a unas reediciones impresas en los talleres de los Cromberger. El catálogo sigue la enumeración cronológica por fecha de impresión desde la más antigua hasta la más reciente: si hay volúmenes publicados en años distintos se ha elegido el primer año de impresión y en el caso de que la fecha de la portada y del colofón no coincidan, se ha considerado la fecha más tardía. Cada vez que el nombre del editor no aparece en el impreso, pero ha sido aceptado por la crítica, este aparece entre corchetes, las abreviaturas han sido desarrolladas, se han puesto acentos, mayúsculas y minúsculas donde convenga y ha sido reproducida la grafía de la época. Por último, ofrece la localización de ejemplares conservados con su signatura topográfica y la antigua indicada con el término *olim*. Las anotaciones han sido transcritas entre corchetes y el catálogo impreso donde aparece el ejemplar ha sido indicado entre paréntesis. Todos los ejemplares consultados personalmente son diferenciados por un asterisco, la reproducción es identificada con una cruz volada y el ejemplar consultado con motivo de una verificación o una revisión está marcado con la cruz griega. La Introducción recoge también la «Bibliografía citada», pp. 201-210.

A la página 212 empieza por fin el imponente y precioso catálogo de las «Obras impresas en Sevilla (1521-1552)» (cap. V.1) que se extiende hasta el final y se completa cronológicamente en el segundo volumen con las «Obras impresas en Sevilla (1553-1600)» (cap. V.2., pp. 877-1505) a las que sigue una última parte dedicada al «Apéndice de obras impresas en Osuna (1549-1555)» (cap. V.3 pp. 1507-1515). Si bien el catálogo permite una consulta fácil e inmediata gracias a los numerosos y diversificados índices finales, quizá esta división entre los dos volúmenes resulte farragosa. Por otro lado, el hecho de que las obras sean enumeradas por orden de

fecha de publicación (día, mes, año), y que el año de publicación sea reproducido en la esquina derecha de cada *recto* y *verso* de las hojas del catálogo, agiliza mucho la búsqueda del objeto sobre el que se quiere investigar, y es suficiente conocer el año de publicación sin consultar necesariamente un Índice. El primer dato suele ser el apellido del autor seguido por su nombre, y a falta de este la primera información es el título de la obra en cursiva.

En conclusión, la decisión de proporcionar exhaustivas informaciones acerca de impresores e impresos organizadas con criterios específicos e insertadas dentro de un preciso marco cronológico y geográfico, cumple con la primigenia voluntad de su autor de dar a la imprenta un trabajo fiable, cuidado y sobre todo acabado por lo que se refiere a la realidad tipobibliográfica sevillana del siglo XVI. A todo esto se suma la sensación que nace en el lector o en el estudioso después de haber consultado esta magistral publicación, de entrar de lleno en los talleres hispalenses de la época, en sus secretos y generaciones, cuyos frutos quedan impresos desde muchos siglos atrás en un sinnúmero de páginas de la historia, de la cultura y de la literatura española e incluso mundial.

